

Aroma de abuela

Eréndira Leal

Muchas veces no necesito motivo ni pretexto para pensar en mi abuela, sin querer me llegan recuerdos, algunos muy vívidos, lúcidos, como si no fueran recuerdos, incluso me parece escucharla como si ella viviera todavía. Especialmente cuando percibo su aroma, ese aroma tan peculiar que ella tenía y que me enseñó a identificarla, a necesitarla, buscarla y encontrarla.

Doña Rebeca, Doña Rebe, mamá Rebe, mi abue, abue, simple y sencillamente abue!

Fue una mujer propia de su tiempo y de su tierra: tradicional, callada, digna, una mujer toda entrega. Ella que solo vivió para los suyos, como decía frecuentemente “su familia lo era todo”, y en realidad era todo lo que tenía. Enviudó muy joven y tuvo una sola hija, mi madre. Vivió siempre con nosotros, sus siete nietos. Desafortunadamente, no vivió lo suficiente pero le hubiera gustado tanto conocer al resto, a los treinta y dos descendientes que formamos su familia. Todos sabemos de ella, conocemos mucho de Abue Rebeca; no sé si alguno de ellos tenga la misma vivencia que yo, ésa que sin sentir me hace recordarla: percibir ese aroma, su aroma, el aroma de abuela.

Mi abue siempre estaba ahí, donde fuera, en el lugar e instante preciso, para dar consuelo, consejo o simplemente para hacerse sentir. ¡Eso es! Hacerse sentir. Como ese día cuando me acerqué sigilosamente y me repegué a su lado, ella callada y serena continuó tejiendo, esperó a que yo hablara. No sé cuánto tiempo pasó, seguí pegadita a su costado y de pronto le pregunté: ¿Abue, a que hueles?, Sorprendida, continuó en lo suyo y me respondió: ¿A qué huelo? ¿Qué quiere decir eso? ¿Huelo feo o bonito? Oliéndola una y otra vez respondí: No lo sé, no sé cómo, ¿dime a que hueles? Con toda calma dejó su labor y sin mirarme, volvió a preguntar: ¿Cómo huelo, feo o bonito?, “Hueles bonito, quedito, pero no es tu ropa, eres tú, tu brazo, no sé pero me gusta, me gusta mucho, es diferente de todo”, dije y suspiré.

Recuerdo como tiernamente volteó y me dijo: “A ver niña, dime algo, ¿te gusta ese olor cuando te acercas o cuando lo hueles desde lejos?” Me acerqué y cuidadosamente olí su cuello y me quedé quieta oliendo su regazo. Se sonrió y me dijo: “¿Sabes a que huelo? ¡Huelo a abuela, tengo el perfume de las abuelas!” Me levanté y pregunté sin entender: ¿A que huelen las abuelas? Me volvió a su regazo y contestó: “Olemos a amor, a paciencia, a cariño, a travesura de nieto, a secretos de nieto, a un gran amor por los nietos. ¡Ese es el olor de abuela!”

Me paré rápidamente y le dije: “¿Cómo está eso? ¿Todas las abuelas huelen como tú? ¡No creo, no puede ser!” Abue me tomó de las manos y continuó diciendo: “No, cada una tiene su propio olor, es como cuando una mamá tiene a su bebé, así tú tienes un olor que yo conozco y tú conoces el mío. Es el aroma que Dios me dio para ti y para cada uno de mis nietos, todos lo huelen diferente porque soy la abuela de cada uno”. La abracé y le dije: ¡Abue, siempre quiero oler tu perfume de abuela! Me apretó contra ella y dijo: “Siempre lo tendrás, solo piensa en mí y recuérdame; el aroma llegará solito cuando pienses en mí y en lo mucho que te quiero!”

Hasta la fecha, el aroma de mi abuela llega solito. Así como el de mi madre llega al de sus nietos. Así como yo quiero que mis nietos huelan el mío, como yo quiero que me recuerden: “por el olor de abuela que es el amor por los nietos”.